

Testimonios urbanos de antaño

RECuento DE DOS CRÓNICAS URBANAS

A DEBUTAR...

Corría el mes de enero de 1962. Muy esperanzado en tener alguna buena noticia, propia de todo joven necesitado y deseoso de trabajar; hasta que al fin un telegrama me hizo poner mi mente en alerta, pues lo firmaba el supervisor de escuelas de una de las zonas del cantón de Pérez Zeledón, lugar del que apenas tenía una ligera referencia de su ubicación, si es que el mapa de Costa Rica estaba actualizado.

Recién había finalizado mis estudios en la Escuela Normal de Costa Rica "Omar Dengo", en Heredia, donde a pesar de los esfuerzos económicos pude vencer con éxito la tan anhelada carrera académica. De pronto —gracias a la acción de mi compañera Zaida Lizano— un telegrama lanzaba mi mente a un nuevo mundo cargado de ilusiones, aunque ya eso ponía en jaque mi noviazgo, situación de la cual son muy pocos los mortales que se salvan; sobre todo cuando se está convencido de ello.

Aunque no se me crea, ya mis cuentas estaban en rojo, pues para terminar los estudios debí acudir a un financiamiento propio de esos tiempos: el amistoso o familiar. Además, para poder asistir un poco arregladito a la graduación, por primera vez de pronto me encontré asumiendo la responsabilidad de un préstamo financiero en uno de los bancos estatales —y nada menos que respaldado por la garantía de aquel santo varón, director de la Institución: don Miguel Angel Sáenz—; desde luego que estoy hablando de otros tiempos, pues eso mismo sé que sucedió con otros compañeros tan desfinanciados como yo.

Comenzaron las carreras para conseguir algún bolso o maleta dónde llevar mis pocas pertenencias y algunas revistas de Selecciones, así como para reunir algunos coloncitos de aquellos que sólo eran necesarios: 6,65 para tener un dólar; igualmente era difícil tener dólares. Por suerte aún me quedaba alguna reservita de mis últimos trabajos en la pintada de una casa y del pago que en diciembre había recibido por atender la invitación de representar a San Nicolás en una fiesta familiar, sin importar que aquella representación la hiciera alguien con tan poco abdomen y sin "cachetes".

**Víctor Antonio
Alvarado Herrera**

Escritor y Maestro jubilado
de la Escuela Normal de Costa
Rica "Omar Dengo".
Ejecutante de armónica.
victoralvaradoh@amnet.cr

Otro de los problemas, los que nunca faltan, era resolver la relación de noviazgo que ya superaba un año, sin alcanzar a dos. Hoy no recuerdo cómo lo hicimos, pero como existía la promesa de matrimonio, creo que eso facilitó un poco las cosas, a pesar de que no eran los tiempos de teléfono, ni mucho menos de internet. El telégrafo salvaba un poquito y el correo era difícil.

Para resolver un poco la deficiente llegada del cartero, actualicé algunos conocimientos que tenía con la monta a caballo, pues así podía salir los sábados por la tarde al pueblo más cercano donde la pulpería era como la sucursal de Correos y Telégrafos. Aquel día, tan esperado y lleno de ilusiones, se inició en la parada de la Coca Cola donde Damián, el chofer más popular de la empresa de transportes a San Isidro del General, ayudó en mucho con su alegría y don de gente al conducir por aquella carretera sin demarcaciones, siempre cubierta de neblina y con la única promesa turística de pasar a beber cafecito en el restaurant del Cerro. Pero qué rico fue disfrutar aquella tortilla con natilla del lugar y "gallito" de queso tierno, acompañado de humeante cafecito cargado con "submarino" de Fanal, para sustituir el azúcar, tan necesario para compensar las calorías que se irían a consumir en el trayecto del paso por el Cerro de la Muerte.

Reiniciada la marcha comencé a sentir que me adentraba en un túnel del que ya había recorrido la supuesta mitad de su trayectoria. El frío en ese lugar me pareció de lo más interesante pues en alguna medida me parecía estar en los dominios del volcán Poás, lugar que frecuentaba desde los seis años. Me parecía que la carretera estaba penetrando en un lugar misterioso pero interesante; las caídas de agua salidas de las entrañas de la montaña me entusiasmaban, al igual que los cortes del terreno a un lado y los guindos hacia el otro; era como estar obligado a no parpadear para darle seguimiento a los detalles. Las chimeneas humeantes salidas de la superficie de la tierra eran otro de los espectáculos del lugar, pues nunca había visto las carboneras que ya se habían convertido en la destrucción de algunos árboles valiosos como el roble, el encino y palo santo o "palisandro", tan apreciado este último para la fabricación de guitarras.

Aprovecho aquí la acotación de que siempre comprendí que esa actividad humana era propia de la necesidad laboral de aquellos hombres de bien, pero que si lo hubieran sabido, tal vez les hubiera salido mejor vender sólo parte de ese tesoro a los fabricantes de guitarra y el daño hubiera sido menor. Es que la actividad del carbón era un tanto sustitutiva de la electricidad (que ni existía), pues, en nuestras casas en la ciudad y el campo, cocinar con carbón en los muy variados anafres era tan normal como la utilización de leña en las muy variadas cocinas de leña (desde las sencillitas de latón hasta las importadas, fabricadas en hierro); desde luego que también las había para cocinar con electricidad.

Continuando con el viaje, recuerdo que de pronto apareció ante nuestros ojos una nueva condición del tiempo que envolvía una población: San Isidro a la vista. Pensando que una buena presentación personal debía ir acompañada de saco, llegué a la oficina del señor supervisor de escuelas, don Enrique Lizano, quien luego de brindarme las atenciones que no merecía, entre sonrisas me invitó a colocar el saquito (que tanto me costó comprarlo) en uno de los ganchos que al efecto existían en su oficina, diciéndome muy amablemente que como ahí no lo iba a ocupar, podía dejarlo para que lo recogiera cuando terminara el curso lectivo, que apenas asomaba su inicio. Eso, lejos de apenarme, me hizo entrar en un ambiente de familiaridad, para lo cual don Enrique era especialísimo.

Una nueva lucha tenía que iniciar con la estancia de una semana en aquel lugar, pues el curso lectivo, ahí, iniciaba en febrero y, cual hijo bueno, fui recomendado a doña Lala, la dueña de la pensión, frente a la estación de las "cazadoras", en



las que luego tendría que viajar rumbo a San Gabriel de Platanares. En aquella pensión encontré a muchos heredianos y maestros de otros lugares del país. Fue ahí donde, en muchas ocasiones, durante el año, estuve alojado, incluyendo los días que por razón de una tremenda gripe me ausenté de la escuela. Por cierto que ante esa eventualidad, conté con el apoyo incondicional de mi superior, ese supervisor que también cumplía muy bien las funciones de servidor social, en ausencia de una clínica de seguro social.

El sábado anterior al inicio de las clases, partí rumbo al Sur, precisamente acompañado de quien en adelante sería mi colega y subalterno; y no más habíamos salido de San Isidro, creyendo este que por mi visible juventud le iba a tener miedo a las inclemencias del lugar, comenzó muy sutilmente a amedrentarme con las serpientes, con la dificultad para conseguir comida y con las inclemencias del tiempo, incluídos los caminos fangosos. Yo, sin darme de menos pero con mucho respeto, también le replicaba comentándole tanto mis experiencias de juventud en el campo, como las lindas oportunidades que con mi familia había experimentado en la montaña.

Con lo de la comida, le explicaba que “yo no era muy quedadillo”, pues mi vida familiar me había preparado tanto para ello, como para montar a caballo y resolver lo de los caminos fangosos. Él, un hombre muy entrado en años, creo que estaba visiblemente dolido por no haber alcanzado la dirección de una escuela, dada su poca preparación; no podía ocultar su deseo de que, si era posible, hasta me tirara de la “cazadora” en que viajábamos. Esta llegó hasta San Pablo y luego al “dele” hasta la escuelita.

Al fin, y ya vencida la media tarde, me encontré con unas instalaciones de madera aserrada artesanalmente, sin ventanas y sin puertas; con mucho aire, eso sí, para que corrieran con facilidad los “malos pensamientos”. Junto a esas instalaciones, de dos “seudoaulas”, estaba la casita con corredor, dos cuartitos

y la cocina con fogón sobre tabanco de barro, frente a la pila de los trastos... ¡ah!, se me olvidaba la bibliotequita, muy llena de estantes escasos de libros y demás instrumentos didácticos. En medio de ambas instalaciones, pero lejitos del frente, estaba la letrina...

Después de aquel primer vistazo, solicité al compañero que si le era posible me llevara a la casa del presidente de la Junta de Educación, lo cual hicimos acompañados de don Arcelio Solís, aquel hombre labriego sencillo, como los del Himno Nacional y presidente del Patronato Escolar. ¡Por cierto que no vimos serpientes! Luego de aquella primera caminata por el pueblito San Gabriel, nos encontramos con un señor, costarricense por todos los costados, con quien formalicé las primeras condiciones para entrarle de lleno al inicio de aquellas labores. Recibí las llaves del candado de la puerta de la casita, las de las aulas no eran necesarias, pues como no había puertas, menos se ocuparían aquellas. Así que no sería necesario un llavero tampoco.

De regreso a la escuelita rememoro, como si fuera ahora, la invitación por parte de don Arcelio a un cafecito acompañado de tortilla con frijolitos, en la casa que durante todo el curso lectivo fue mi hogar, adornado por aquella mujer fuerte y de armas tomar: doña Irma. También recuerdo con mucho cariño a los hijos habidos en la familia Solís Matute. Ellos fueron la razón de mis alegrías, a veces en momentos difíciles, que me sirvieron como terapia para olvidar y retomar las fuerzas.

Qué alegría me dio encontrarme de pronto con aquellas nuevas caritas esperanzadas en nosotros. Sus piecitos descalzos me recordaron mis años de escuela, en igualdad de condiciones; algunos con viejos bultitos de cuero —sin duda de algunos parientes ya retirados al campo—, otros portando bolsitos de retazos de tela confeccionados a mano.

Las clases se iniciaron con humildísimo acto cívico —sin bandera—, pero lleno de miradas que no ocultaban sus esperanzas en algo nuevo. Aunque era mi debut, con cierto temor, tuve que solicitar el respeto debido para permanecer en aquel lugar, sin el humo de cigarros y sin sombrero o “chonete” como ellos decían. La fortaleza requerida en ese momento me obligó a pensar en doña Amparo Solano, mi profesora guía, quien me formó en el enfrentamiento ante la gente. A partir de ese momento también tuve que convertirme en maestro de música “a capela”. Los primeros días fueron difíciles, pues los materiales escolares eran muy escasos, e incluso el desgano de mi compañero por la correcta ortografía, agravaron la situación; fue esa la razón fundamental para adquirir diccionarios, libros y mapas, carteles y demás materiales.

No me había siquiera acomodado como maestro y director de aquella linda escuelita, cuando llegó un padre de familia con un paquetito de inyecciones de alimento para aplicar a aquel niño muy escasito de músculos, diciendo: “maestro me dijo el doctor que mi hijo necesita de estas inyecciones y que el maestro se las podía poner”. Yo sólo recordé a Angelita, la profesora de Educación para la Salud, me encomendé a Dios, y manos a la obra. Como a los quince días Andresito estaba muy recuperado. El botiquín nunca faltó, porque fue lección bien aprendida cuando fui voluntario en la Cruz Roja, en Heredia, y cómo nos sirvió... No antes de las vacaciones de medio año, aquella niña, regordeta y alegre, dejó su bracito anclado en la punta de un clavo que había en un horcón del galerón anexo a aquel humilde templo forrado en aluminio. La salida hacia San Isidro no se hizo esperar para buscar atención médica y, una vez más, salíamos bien librados.

Mientras tanto, pasaban los días, a veces me trasladaba a las escuelas más próximas para aprovechar alguna tarde averanada con visos de noche clara,

según la fase lunar. Así disfruté de la pesca en los remansos del río, con posterior visita a alguno de los ranchitos del lugar donde poder asar los frescos pescaditos.

Como para darle un nuevo aire al primer semestre, fue posible organizar un turno escolar, según lo prometido al señor supervisor; pero con ganancia, porque el del año anterior, dejó pérdidas. Desde el inicio de los preparativos, pude adivinar que la actividad se perfilaba con éxito. El jefe de cocina sería don Juan, el presidente de la Junta de Educación, el mismo que desde el inicio del curso se propuso aprender a firmar, escribir su nombre e iniciarse en la lectura, lo cual cumplió. El salón de baile tendría piso con el tabloncillo que un vecino estaba secando para su casa, eso sí, hubo que ponerlo al revés y sin cortarlo. La música estaría a cargo de un improvisado trío y poniendo en práctica “la colita a peseta”. La sorpresa no se había anunciado, pero se cumplió cuando al director se le invitó a iniciar el baile con la manquita, quien resultó ser una excelente bailadora. El resultado de aquel turno escolar fue un gran éxito, pues el “haber” ascendió a algo más del salario de un maestro recién graduado, que en aquel entonces era de setecientos cincuenta colones. Hoy habría que averiguar el salario base de un bachiller en educación, para hacer la comparación; sea como sea, la ganancia fue muy satisfactoria.

Así, las vacaciones de quince días me sirvieron para utilizar parte de aquellos dineros en la adquisición de libros para toda la población escolar, diccionarios, mapas, equipos de geometría, etc. La alegría no se hizo esperar y yo había cumplido la palabra empeñada. Jamás podría olvidar la celebración del Día de la Madre, que pudo organizarse gracias a la confianza ganada con la anterior actividad del “turno escolar” y, para que todos estuvieran contentos, se participó a los padres de familia. En resumen aquello fue una fiestecita familiar.

También tuve tiempo, para recorrer aquel poblado de 34 casas, incluyendo ranchitos, pero muy limpios. Daba gusto ir a beber cafecito las tardes de los sábados a aquellos ranchitos con piso de barro, tan bien lujado que parecía cerámica y unas mesas hechas de media tuca, tan limpias y aseadas que se las desean muchos clientes de algunas sodas. Desde luego que el cafecito era endulzado con dulce de tapa, raspado y servido en jarritos enlosados con adornos de gallinitas o de cualquier otro animalito o de lindas flores.

Así fue como conocí el árbol donde don Juan había sepultado, tiempos atrás, al pie de este, a algunos miembros de su familia, dadas las inclemencias del tiempo y la lejanía. También participé en la “sacada de madera” en tucas, mediante la yunta de bueyes; don Enrique controlaba la tuca y yo halaba los bueyes, cosa que había aprendido desde niño en una finca. La tarde de ciertos sábados, acompañaba a algunos lugareños a perseguir “el chancho del día” —o, mejor dicho, “de la semana”— y colaboraba después en su “pelada”. Desde luego que mentiría si dejo de contarles lo rico que quedaban los chicharroncitos con yuca recién recogida, todo acompañado de la legítima “aguadulce” de cualquier pueblo de Costa Rica, donde todo es “pura vida”. Aclaro que el exceso de esa bebida fría, producía mareo. No me perdonaría dejar de recordar las “carreras de cinta”, tan de moda en aquellos tiempos; tradición que lastimosamente se ha perdido, pero que yo con la yegüita de don Enrique, el papá de Andresito, disfruté en muchos turnos y hasta premios gané.

Y de nuevo otra situación inesperada. Creo que corrían los últimos días del mes de setiembre cuando se me dio el aviso de que a un hombre —era un miembro muy estimado del Patronato Escolar— le habían apuñaleado cuando se encontraba dentro de las instalaciones de la pulpería y cantina de Montoya. La casi noche era muy lluviosa y oscura, pero con botiquín en mano corrí hacia

el lugar. Efectivamente aquel buen hombre tenía una profunda herida en el pecho al lado del corazón y sin pensarlo dos veces le presté los auxilios que pude —desde luego que guiado por Dios y haciendo uso de mis pocos conocimientos en esa disciplina—. Dichosamente había un carrito que recién había llevado unos vidrios para las ventanas del humilde templo; envalentonado ante aquella situación convencí al dueño de que debía acompañarme con el herido hacia donde pudiéramos cambiar de medio de transporte. Así las cosas, ya iniciada la noche y muy confundidos, nos dirigimos hacia Mollejones y de ahí en otro carro, hacia San Isidro —al hospital—. Después de algunas horas de espera, el médico tratante me informó que aquel hijo de Dios se había salvado y con esa novedad regresé al día siguiente a San Gabriel, pero lo que menos esperaba era que en el corazón del heridor comenzaba a gestarse un reclamo o resentimiento para mí, por haber ayudado al herido a buscar atención médica y salvarle la vida.

Salvarle la vida significó algún costo para mi integridad personal, pues me convertí en el cómplice de la vida salvada y eso ahí no gustaba. Hoy les cuento que, para salir del pueblo, tuve que adelantar la fecha programada con la complacencia de un carretero amigo que salió de madrugada, rumbo al siguiente pueblo. Aquello más parecía la escena de una película de vaqueros, pero valió la pena, pues de lo contrario hoy no les estaría contando el cuento. Era finales de octubre, al finalizar el curso.

Ya finalizado aquel debut, regresé al punto de partida (la oficina del señor supervisor) quien ya era otro, pero igualmente ahí permanecía guardado el saco a cuadros azules, el cual retiré, previa entrega de los cuadros finales y demás documentos. También aproveché para ir a reconocerle a doña Lala el disfrute de las ricas comidas y de las finas atenciones recibidas en su soda y pensión familiar.

Pero es que ahora faltaba algo de lo más difícil. De regreso a Heredia debía enfrentarme a la valiente promesa formalizada meses atrás —que apenas esperaba unos pocos días del mismo mes de noviembre, o sea recién terminado mi debut en las aulas— para darle paso a un nuevo acontecimiento con el que ya pronto se iniciaría mi vida de matrimonio.

Esto es para que vean que todo cuesta en la vida

Mi sincero reconocimiento a quienes he mencionado.
Esta crónica se la ofrezco a mis nietecitos.

AQUELLA MAÑANA

Sentado en la banca del parque central de la ciudad, cubierto de sombra clara, miraba el transcurrir de tanta gente que, con paso firme algunos, trastabillaban o se cuidaban de no caerse ante el exagerado largo de sus pantalones; mientras que otros, cada quien a su manera, trataban de llevar consigo el peso de las preocupaciones o de las ilusiones que el horóscopo del día acababa de prometerles como premio a la reciente compra del periódico preferido; pues, por ser lunes, la semana dependería de la misma suerte anunciada, según los agoreros.

Entre los transeúntes más jóvenes no faltaba aquel, que con mano firme aprisionara el reproductor de sonido de alguno de los modelos más recientes; mientras que con la otra, cuidaba con especial celo un bolso cubierto de calcomanías o de los colores de su equipo preferido, el cual no era otra cosa más que la lonchera con que habría de distraer, más tarde, las exigencias de su estómago fatigado por el desgaste de unas cuantas horas de labor en su oficina, taller o puesto de trabajo, que a la postre le significaría una considerable economía a sus maltratados bolsillos.

En algunos pocos casos se veía colgar lo que parecía las cuentas de un rosario arrollado al dedo pulgar de la mano que sostenía aquel inseparable bolso; supongo que compartiendo la atención de su ya entusiasmado cerebro, entre devoción y animación.

Taconazos y rechinar de zapatos, mezclados con algunas pocas conversaciones y sonrisas, alertaban el oído de quienes simulaban leer la página más interesante de su periódico para lanzar una discretísima mirada por sobre el aro de sus gafas; efecto visual que, en algunos casos, se extendía hasta la otra esquina del parque y, en otros, hasta el umbral de la puerta del templo parroquial herediano al que, en busca de ayuda divina o para Acción de Gracias, acudían algunas “traunseúntas”, echando así a perder el alcance óptico de los asiduos lectores matinales y, a cambio, emitir algunos ligeros suspiros tras los tenués comentarios de aquellos viejillos que ya rondaban sus ochenta abrilés. Lo bueno de todo esto, era que aquellos atribulados ojos volvían a llenarse de tinta, no sin antes limpiar los lentes con el papel del pan.

Ahora, ya se acercan las ocho de la mañana y no queda mucho por ver. Entonces el trajín apenas se reducía al atribulado voceador de algún periódico y al graznar de los “malvenidos” zanates; comenzaba la romería de los retrasados desayunadores que, con periódico y bolsa de pan bajo el brazo, apresuraban su paso en busca del cafecito, que con paciencia franciscana le guardaba su querida viejita en el termo de sus amores.

Ya servido el cafecito —acompañado de gallo pinto y huevito picado, aparte del infaltable jugo de naranja, tostada y mermeladita de guayaba, todo al estilo de uno de tantos restaurantes de corte gringo—, vuelven a las noticias del periódico, las que no fue posible leer en el parque, pero que hasta se las puede adivinar, eso sí, desconociendo los nombres de los insaciables “bolseadores” de las instituciones más representativas del patrimonio nacional.

Es aquí donde a pesar de todo lo bonito que habían disfrutado esta mañana, incluyendo la miradita al desayuno ya servido, comienza a “patalearse el ánimo”, pues a cualquier honrado ciudadano, sin que por ello pesen los años, hasta el apetito se le desaparece. No obstante se le entra al desayuno, el que, a fin de cuentas, ayuda a disimular las preocupaciones, porque como dice el refrán: “panza llena, corazón contento”.

Seguidamente, y sin perder tiempo, nuestro personaje decide sintonizar noticias y, algo así como un nudo en el estómago, o un ardor que sube o baja, cual si fuera pelotita de ping pong, se apodera de él; síntoma que al más pintado le puede sorprender, ya sea porque se trata de un pariente o amigote, o del más inesperado nombre de político al que se tenía como el vigía de la nave de nuestra patria. De inmediato le asalta la preocupación de que era precisamente en el interior de esa arca de finas maderas y segura cerradura, donde se guardaban, al estilo de baúl de los abuelos, los sagrados valores éticos, históricos y morales, representativos del alma nacional.

Como ya casi viene la hora del almuerzo, o porque al viejillo lo corren para pasar la escoba, este se retira de aquel lugar en el que se sentía como absorbido por el asiento de su vieja silla.

Sea como sea, el medio día ya casi termina y, para aprovechar de la mejor manera el ratillo que le queda, acude a su radio grabadora personal, se coloca los audífonos y manos a la obra: ¡a escuchar deportes, se ha dicho!, pues, estando en la banca del parque, corrió el rumor de que en el equipo de sus preferencias habían suspendido al entrenador y al aguatero por prestarse a soborno, ofrecido por el dueño del equipo ganador en el partido del domingo recién pasado.

Por ahora, ya sólo le quedan pendientes el almuerzo y la siesta, porque como en la tarde es seguro que llueva, tendrá que aguantársela para volver al parque y entonces, con llamaditas telefónicas a los contertulios de la mañana y copartícipes de aquella banca, comentarán aquello y lo otro, de aquella y de la otra.

Mañana, Dios mediante, será otro día y volveremos a presenciar los nuevos sucesos que cotidianamente se desarrollan en los mismos poyos de aquel centro de recreo y bajo las mismas sombras, sin duda con las mismas y los mismos. Igualmente sucederá con las palomas del parque, que ya por cierto han ido desplazando a los niños a jugar en lugares más incómodos, pues el polvazal que lanzan deberá ser motivo de análisis por parte de los dermatólogos; especialistas que ciertamente, no creo que sean ahí contertulios...

Si esto no es "¡pura vida!", ¿qué lo será entonces?

¡Viva Heredia por media calle!

Víctor Antonio Alvarado Herrera